

Obra reseñada

Hannerz, Ulf. *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1998, 2ª Edición, 290 p.

Recebido em 25-02-2016

Aceito para publicação em 13-10-2016

97

Juan M. Saldívar¹

El profesor Ulf Hannerz, antropólogo sueco formado en la Stockholm University, es un destacado estudioso de las culturas transnacionales en las últimas décadas. Algunas de sus obras más notables son: *Exploring the city: Inquiries toward an urban anthropology* (1980), *Cultural complexity: Studies in the social organization of meaning* (1990), *Foreign news: Exploring the world of foreign correspondents* (2004), *Anthropology's World: Life in a Twenty-First Century discipline* (2010). Es profesor-investigador en Stockholm University y University of Oslo, miembro honorario de Royal Swedish Academy of Sciences.

A propósito del “20 aniversario” de la publicación del libro en inglés en el año 1996², *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*, ofrece reflexiones sobre la compleja contemporaneidad de las culturas transnacionales bajo la metáfora *ecúmene global*. El libro se compone de tres apartados: 1) Cultura, 2) Gente y 3) Lugares. De acuerdo a cada una de sus partes, el autor propone entender los mosaicos culturales que emergen de las *conexiones transnacionales* en el mundo. Se interesa por deducir una mirada de la *cultura* en la era de la globalización a partir de los entrecruces territoriales y flujos culturales que suceden a largas distancias geográficas. De manera que la preocupación central es establecer una serie de

¹ Doctor en Antropología. Investigador postdoctorante, Universidad de Los Lagos (Programa ATLAS), Osorno, Chile. E-mail: juan.saldivar@ulagos.cl - Proyecto Fondecyt N.3607981: Etnografías en movimiento: imaginarios culturales y trayectorias migratorias de comunidades transnacionales chilotas entre Ushuaia, Argentina y Punta Arenas, Chile 1950-2015.

² HANNERZ, Ulf. *Transnational Connections. Culture, people, places*. London-N.York: Routledge, 1996, 1ª Edition, 216 p.

debates teórico-metodológicos sobre escenarios multisituados y multilocales desde el enfoque transnacional.

La noción de *cultura* para el autor se define en la contemporaneidad a partir del binomio “local/global”, discusión que muestra los ensamblajes culturales implicados en cruces y entrecruces de geografías y paisajes movedizos. Hace uso de tres categorías para entender lo que denomina conexiones transnacionales, refiriéndose a cómo las personas, los lugares y las culturas convergen desde múltiples expresiones. Para Hannerz, la globalización es una cuestión de interconexiones a larga distancia que incluye no sólo a los países, sino también a los continentes que se entrecruzan en geografías diversas. Estas conexiones se vuelven más influyentes a través de los medios de comunicación, los viajes y los mercados internacionales que disuelven las fronteras. La metáfora que utiliza el autor es la de *ecúmene global*, refiriéndose a ella como la conexión entre las personas y los lugares que rodean el mundo de manera intensa. Asegura que la primera guerra mundial, industrial y capitalista fue artificio de las interconexiones entre países de primer y tercer mundo. La globalización concebida como un antes y después sigue siendo un concepto que atrae a los intelectuales en las ciencias sociales.

Sugiere pensar la cultura como paquete que mantiene tres aspectos intensamente interconectados. El primero refiere a los desplazamientos físicos de personas de un lado a otro. El segundo, los medios de comunicación que intensifican espacios geográficos. Y el tercero, las relaciones comerciales en las cuales aparecen productos elaborados en diversos lugares, así como sus consumos. Los intercambios culturales, más allá de interconectar simbologías periféricas, hacen de los significados locales criterios globales de aceptación, apreciación y consumo masivos. El autor alude al *karate* como un arte marcial de origen japonés que se practica en diversos espacios del globo, incluso en Nigeria sin pertenecer culturalmente a dicho país. Además del karate, la gastronomía, la estética de la moda y las marcas de autos, se han convertido en lógicas globales que son adquiridas por personas de geografías diversas. Las categorías establecidas, cultura, personas y lugares, son para Hannerz una forma no sólo de incursionar en un campo antropológico novedoso, sino también para hacerlo etnográficamente en espacios donde el Estado-nación no mantiene una hegemonía notable, es decir, no aparece como plataforma cultural que delimite tradiciones locales. Propone entender la cultura como una manifestación interconectada con otros fenómenos globales que difieren de espacios geográficos concretos. Es a partir de la globalización, que

las culturas se han extendido a través de locaciones simbólicas que aparecen como mosaicos intensos de significado.

Estos hábitats de significado, se entienden como territorios geográficos que determinan los procesos culturales. El hábitat es, además de espacio geográfico, agente de acción que opera, produce y encuentra recursos que se extienden más allá de fronteras específicas. Dentro de la metáfora ecúmene global existen hábitats de significado que se disuelven en medida de conexiones crecientes y significados culturales movedizos. No sólo las modas, el comercio de productos o las tecnologías de información construyen símbolos culturales movedizos, también las relaciones bi-continetales a través de la migración, la formación de comunidades y los matrimonios binacionales, hacen de las geografías, particularidades territoriales. El autor se pregunta ¿hay menos cultura, o más? Difiere del punto de vista popular en torno a la cultura como el acceso al conocimiento, a las modas y los estatus sociales que permiten a las personas, mantener conexiones complejas de significado. Entonces, ¿la cultura es un proceso adaptativo, un acceso al conocimiento, una forma o elementalidad adquirida a partir de la sociabilidad? Cuestionarse qué es cultura no sería lo más adecuado para el autor. En lugar de ello, propone cuestionar cómo los procesos culturales adquieren formas y significados diversos que se manifiestan crecientes rebasando ideas y sentidos globales. Para algunas personas, el término globalización es sinónimo de homogenización, lo cual significaría el triunfo de la modernidad.

Las categorías *local/global*, son para Hannerz, una manera de medir el transnacionalismo, asegura que a partir de este binomio se pueden entender las conexiones (cruces y entrecruces) de personas y lugares en culturas cada vez más distantes. El concepto *ecúmene global*, propone la reflexión sobre dinámicas culturales que se gestan a largas distancias, favoreciendo la circulación de significados simbólicos e interacción colectiva entre un o más lugares geográficos. Parece que el concepto mestizaje adquiere centralidad para el autor, sobre todo por tenerlo en cuenta como parte de la transnacionalización, de los vínculos culturales asiduos que se generan alrededor del globo. El marco de la producción y circulación de la cultura podría entenderse a partir de cuatro nociones. El primero alude a las formas de representación o manifestación cultural, es decir, cómo viven las personas. El segundo refiere al Estado como plataforma dónde suceden las cosas. El tercero, al mercado como flujo económico que hace de las expresiones culturales locales, formas y significados movedizos. El cuarto refiere al *movimiento*, ¿De qué? De procesos, paisajes, situaciones y

otros recorridos que involucran las culturas y sus manifestaciones tradicionales alrededor del globo, es decir, aquí y allá, del centro a la periferia, de la periferia al centro.

La *gente*, es entendida por Hannerz como productora de significados movedizos que transcurren alrededor de los contextos culturales. Éstos se construyen a partir de la manifestación de símbolos y expresión de mosaicos que identifican a diversos grupos, pueblos y personas, como procesos generativos de multipaisajes que no sólo existen en determinados espacios, sino que son movedizos, desiguales y filtrados. En este sentido, la pregunta central sería entender cómo las personas construyen formas culturales de identificación a través de redes extensas de significado. Las personas como agentes que producen cultura se representan a partir de múltiples etiquetas que involucran a los espacios geográficos, los sentidos de pertenencia y las identidades nacionales. Si bien el autor se plantea una serie de cuestionamientos sobre el concepto *resonancia cultural*, opta por definirlo como adecuado para entender fenomenológicamente las construcciones culturales que las personas hacen de los entornos imaginarios, específicamente de aquellos que no se encuentren residiendo en sus lugares de origen. Estas polaridades culturales entrelazadas, mezcladas, híbridas, filtradas y movedizas son precisamente las que construyen ecúmenes globales, conexiones más allá de los espacios físicos, contra-geografías que reducen la memoria colectiva.

Lo transnacional no siempre se mueve a gran escala, pues en ocasiones se manifiesta como un movimiento reducido de sistemas de redes que no necesariamente permite el movimiento físico, sino que se puede acceder a otros espacios imaginarios desde la televisión, la moda, la gastronomía y las tradiciones culturales locales. Los vínculos afectivos entre personas que no precisamente interactúan en espacios geográficos comunes también se consideran transnacionales en la medida en que promueven la proliferación de distintos tipos de vínculos que se extienden a escalas variables de significado. Esta forma globalizante de extensión de redes que penetra en la vida social, - remata el autor - se torna opaca puesto que es individual, personal, propia y carente de expresión colectiva en algunos casos. La cultura transnacional, en sus múltiples expresiones, no deja de lado las localidades culturales y sus manifestaciones identitarias, pues esto sólo mantendría una forma de integración colectiva a gran escala de comunidades culturales. El entendimiento de lo transnacional como una forma de conexión cultural a gran escala tendría que darse bajo estrictos puntos de convergencia, pues las comunidades migrantes, las asociaciones y organismos culturales que se forman en

los lugares de residencia, las tradiciones culturales que se expresan fuera de sus fronteras transnacionales y la formación de comunidades (incluyendo matrimonios binacionales), formarían parte del paquete asumido por condición de ida y vuelta, de allá y acá, de lidiar entre dos o más naciones de manera política, económica y cultural.

La noción de espacio transnacional puede ser controversial. O lo es, al menos, en lo que conciernen aquellas ciudades *eternas* y *globales* como París, Londres, Los Ángeles, Nueva York, Roma, Tokio, entre otras consideradas de primer orden. Asimismo, están fluyendo política y económicamente otras ciudades en resonancia cultural, sobre todo consideradas de segundo orden, aquellas que pertenecen al continente americano como Buenos Aires, Ciudad de México, Bogotá, Lima, Santiago, Panamá, Río de Janeiro y Sao Paulo. Estos lugares imaginados, ahora más que antes, se encuentran en estrechos vínculos de significado, ya sea por eventos culturales, políticos, económicos o sociales que interactúan formando extensas redes. Las migraciones, por ejemplo, han diluido las fronteras fragmentadas entre naciones, así, las identidades culturales locales han dejado los sentidos propios de pertenencia por esquemas globales que involucran relaciones a larga distancia.

Si las ciudades y las personas se vinculan a partir de movimientos físicos a larga escala geográfica, entonces ¿De qué manera podemos considerar la transnacionalización de la cultura? ¿Qué enfoques son útiles para el análisis de la transnacionalización cultural? El autor pone en tela de juicio dos propuestas: *gemeinschaft/gesellschaft*. En ambas aparece la noción transnacional desde una postura sociológica clásica. En la primera, el mundo se encuentra constituido por sociedades cerradas, únicas, y donde lo nacional es el epicentro social. La globalización no encajada más que como devastador sistema, amenaza a la que se tendrá que tomar resistencia continua. El segundo modelo, mantiene una visión más abierta en la cual se manifiestan las conexiones sociales como ejes en las redes sociales. Son valorados los intercambios socioculturales permitiendo cambios. Además, la idea de sociedad nacional permanece como base en el sistema global contemporáneo. El autor plantea que una manera de sostener la discusión y extenderla con propuestas aceleradas, es, sin duda, retomar la etnografía desde un eje temático variado para establecer comparaciones entre lugares mosaicos de significado.

La preocupación metodológica que expresa el autor es justamente la idea de encontrar estrategias etnográficas que logren un desarrollo con los nuevos objetos de estudio. El autor maneja la categoría *relaciones sociales* con la cual trata de entender no sólo las conexiones

paralelas entre diversos imaginarios culturales, sino también sostener cómo las relaciones sociales que se establecen a distancia (sobre todo entre fronteras territoriales) mantienen vínculos asiduos entre dos o más lugares, incluso a manera de redes de relaciones mutuas que sobrepasan las etnografías clásicas en espacios concretos. La idea de *etnografía transnacional* vincula la noción de comunicación no como un eje que permita el dialogo paralelo, sino horizontal, dependiendo de las distancias entre personas y lugares. Las relaciones *gemeinschaft/gesellschaft* permiten entender el tipo de relaciones, las primarias refieren a los vínculos asiduos entre personas, las secundarias sobre las acciones que desempeñan las personas en más de un lugar a la vez. El autor maneja una tercera categoría en torno a las *relaciones*, en las cuales interviene la tecnología y los medios de comunicación como un paquete movedido que cumple funciones múltiples de significado entre personas, territorios, acciones y formas simbólicas de contenido cultural. Las relaciones cuaternarias refieren a la información tecnológica que se manifiesta entre las personas, este tipo de relación se vincula con la terciaria.

Las culturas transnacionales son aquellas tradiciones que involucran idas y vueltas, provocadas por la desterritorialización de comunidades que se desplazan por diversos lugares estableciendo puentes geográficos comunes. Ulf Hannerz propone reflexionar sobre los *intelectuales*, quienes pueden estar en diversos lugares del globo compartiendo ideas con personas que no propiamente pertenecen al mismo entorno cultural. Estas culturas territoriales se convierten en transnacionales en la medida en que se van multiplicando los cruces y entre cruces de experiencias, conocimientos, manifestaciones y formas de significado que no necesariamente son legitimadas en los lugares donde se ensamblan. Hannerz enfatiza los movimientos fuera de las localidades culturales, los cuales determina como desplazamiento de personas en lugares diversos, etiquetando a estas personas como *cosmopolitas*. Si los cosmopolitas son quienes se desplazan viviendo entre culturas territoriales, entonces ¿Qué sucede con aquellos que sin dejar sus lugares de origen permanecen viviendo en múltiples espacios imaginados?

Los *lugares* para Hannerz pueden entenderse desde la metáfora *ecúmene global*. Para el caso de las ciudades *interconectadas*, menciona una creciente lista en la cual aparecen lugares capitales como Ciudad de México, Los Ángeles, Londres, París, Tokio Nueva York, Miami, Sao Paulo, Bangkok, entre otras. Toma el ejemplo de Londres para sostener cómo algunas ciudades han crecido a partir de la intervención de culturas diversas provenientes de

múltiples lugares del globo. Estas combinaciones de significados culturales y formas simbólicas re-adaptadas están cambiando el mapa cultural del globo, sobre todo por las etiquetas que algunos espacios adquieren en torno a lo culturalmente multifacético. Las ciudades concebidas como mundiales eran aquellas que mantenían hegemonías económicas sobre otras. Actualmente, no sólo las urbes económicas mantienen la atención de comunidades, sino también aquellos lugares que ofrecen exotismos vasados en circulación de mercancías, ensamblajes territoriales, atracción turística, entre otros factores. En este sentido, Miami se ha convertido en el eje empresarial para los cubanos, así como también Los Ángeles, Houston o Dallas para los emigrados mexicanos, chinos, coreanos y vietnamitas, Nueva York para los puertorriqueños, ucranianos y otros caribeños.

Los flujos transnacionales en la cultura se encuentran en las movilidades físicas de personas de un lugar a otro, anclajes y manifestaciones de tradiciones culturales desbordadas. La noción de manifestación cultural, si bien no depende de la movilidad física de personas, es un factor dominante de heterogeneidad que produce fluidos culturales recientes. La cultura como manifestación diversa de significado es, sin duda, una expresión mosaico que se extiende de manera líquida, fluida o filtrada. Las ciudades y las personas se relacionan en medida de las manifestaciones culturales que producen. Así, ciudades latinoamericanas aparecen en Europa o Estados Unidos a través de las expresiones propias que se generan por las comunidades establecidas.

De esta manera, se visualizan diversas connotaciones sobre ecúmenes globales. Por ejemplo, la expansión y circulación de nuevos mercados provocados por comunidades migratorias. Argumenta que uno de los principios teóricos de la globalización del mercado es precisamente que un producto logre encontrar nichos dentro del mercado o de la demanda local en cualquier lugar del mundo. Los productos culturales que se manifiestan en algunas ciudades globales son diversos a partir de las resonancias adaptativas que producen, pues no todos se convierten en objetos o costumbres asumidas. Esto depende de la fluidez de su resonancia. Menciona que hacer cultura a partir de la diversidad es justamente una característica de lo transnacional, de la conexión y meta fijación de lo otro, lo diferente y masivamente exótico que producen los símbolos culturales ensamblados. La transnacionalización cultural depende, en cierto grado, de conexiones crecientes a larga distancia, de formas en las cuales se desenvuelven geopolíticas globales. Estas manifestaciones culturales diversas y en cierto sentido exóticas, van más allá de los cinturones

en los que giran, pues se desplazan a velocidades crecientes adaptándose y re-adaptándose a los lugares que se establecen.

Hasta cierto punto algunos estudiosos del transnacionalismo critican las propuestas de Hannerz sobre la *complejidad cultural*, causando severa incomodidad sus reflexiones sobre ecúmene global, hábitats de significado, criollización/mestizaje y el binomio local/global. Sin embargo, estas definiciones son relevantes para entender las “relaciones entre personas y lugares que pueden cruzar las fronteras. Aquí entran en juego los círculos íntimos y los pequeños sistemas de redes” (1998:164). El *ecúmene global*³, es una aproximación relevante “para aludir a la interconexión en el mundo, a través de interacciones, intercambios y desarrollos derivados, que afectan no poco a la organización de la cultura” (1998:20-21). De manera que “mi propio hábitat de significado cotidiano cambió el día que instalaron la televisión por cable en el edificio donde vivo: de pronto tuve acceso a los programas británicos, franceses, alemanes, turcos, americanos y rusos” (1998:42). Esto conlleva reflexionar en la noción de mestizaje, sobre todo por “la redistribución de la cultura en el espacio y entre los hábitats de significado” (1998:45). Reconociendo que mientras “lo global es superficial, lo local es profundo” (1998:51). Estas conexiones de personas en lugares y países, no sólo se manifiestan en la formación de comunidades a través del cruce de fronteras, sino también considera los “significados, valores y formas simbólicas, incluyendo en dicho proceso las culturas del lugar anterior como las del nuevo” (1998:27).

Conexiones transnacionales es un libro estricto, relevante y asiduo que pretende una crítica en torno a tendencias antropológicas contemporáneas de gran dilatación. Las discusiones argumentadas a lo largo del libro procuran establecer triangulaciones sobre conceptos como transnacionalización, cultura y modernidad. Éstos arrojan una serie de perspectivas que proponen rigurosos cambios metodológicos en las ciencias sociales y la antropología. Especular sobre temáticas actuales no sólo origina perspicacia generando dudas, sino que también incita a reflexionar sobre la agenda antropológica en las últimas décadas. Así, este libro se erige como una valiosa herramienta de pensamiento teórico-metodológico que debería ser considerado por estudiosos de la cultura y la globalización. Finalmente, es un excelente exponente de un círculo intelectual que pretende conciliar el concepto *cultura* de

³ Proviene de *oikoumene*, que para los griegos es entendido como el mundo habitado, “se extendía desde Gibraltar hacia India y China” (Hannerz, 1998:21). Retoma dicho concepto a partir de las ideas de Alfred Kroeber. Además propone utilizarlo en contraparte del concepto “aldea global” propuesto por Marshall McLuhan en 1964.

manera transversal con otros fenómenos sociales en los cuales se interconectan paisajes, mosaicos y memorias colectivas diversas.